



M. T. Podestá

Antaño

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

M. T. Podestá

Antaño

Apretó, temblando, el timbre eléctrico de la puerta de calle de la suntuosa casa donde vivía su condiscípulo; la campanilla hizo oír sus sonidos cortos, repetidos, saltones, y un sirviente, desgarrado y obtuso, que lo miró de arriba abajo, como Minos delante de las almas, estaba a punto de echarlo sin miramientos, cuando vio, con sorpresa, que el personaje mal entrazado que tenía por delante, le alargaba una cartulina...

Aquello era inaudito: un sujeto vestido de una manera tan rara, tan pobre, tan original, con una cara de ayuno y con todo el aspecto de un pobre vergonzante, se permitía el lujo de hacerse anunciar de esa manera.

Tomó la cartulina, la miró, sin saber leer, le pareció un tanto amarillenta y deteriorada, y azorado e indeciso, se quedó plantado delante del caballero roto, a tiempo que a su vez le devolvía la tarjeta (aquí pareció que era el sirviente quien se anunciaba).

Nuestro personaje lo miró con encono, comprendió todo lo que pasaba en el ánimo del criado, y sin darle tiempo para replicar, le gritó, con aire de amenaza: -¡Vaya, y entregue a su patrón esta tarjeta!

El sirviente estaba fascinado, nunca había presenciado una cosa igual; aquel atrevimiento tenía todos los ribetes de una insolencia, y la mejor contestación, hubiera sido un escobazo en el sombrero.

-En fin -se dijo para sí, -tal vez sea un personaje incógnito, y no pocas veces debajo de una *mala capa se oculta un buen bebedor*. -Luego, reflexionando que su actitud podría ocasionarle serios daños, si era delatado, cambió de táctica, y con toda la amabilidad del mundo, le dijo: -Pase usted señor -abriendo el cancel de par en par.

El *hombre de los imanes* se encontró en el vestíbulo, solo, con su sombrero y un perro de tierra romana que lo miraba desde su rincón con dos ojos de vidrio, como si se los hubieran arrancado, para implantarlos en su cráneo chato de mastín.

Aquel vestíbulo, pavimentado de mosaico, con las paredes estucadas y pintadas de colores chillones con la gran *Portière* de cristales opacos al frente daba ya la medida del lujo de la casa.

En los ángulos, jarrones de porcelana, relucientes, soberbios, con sus formas de tinaja india tenían como senos obesos una colección de hojas artificiales que imitaban perfectamente la flora de los trópicos. Una gran percha de nogal deslustrado con un bonito espejo bisauté, llamó particularmente su atención; iba a colgar allí su monumental sombrero, pero se dio cuenta bien pronto de que el *pendant* era ridículo, pues los que estaban colgados tenían el brillo flamante de las cosas nuevas, y el suyo... ¡oh!... ya conoce el lector la escuela de contratiempos, o contrapelos, diremos mejor, que lo había envejecido.

Se conformó con mirarlo con lástima, y ocultarlo piadosamente debajo de una silla de fantasía.

Algunos cuadros de pacotilla completaban el adorno.

.....

A poco rato de estar allí, apareció de nuevo el sirviente, pero ya con otro aspecto, tranquilo, casi sonriente, amanerado: -Pase usted, señor -le dijo con tono melifluido, a tiempo que abría con estrépito la puerta del fondo.

Nuestro hombre se encontró de golpe en el salón sin atreverse a dar un paso: un poco por la cortedad y la emoción, pero más por la dificultad de distinguir en la penumbra la multitud de muebles que tenía por delante.

Los horizontes habituales de su retina eran limitados, cercanos: -paredes revocadas con cal o pintadas con cardenillo; los muebles, cachivaches de la peor especie; ahora, estaba en un salón, con humos aristocráticos, tapizado de papel dorado, que le hacía percibir en las paredes, de trecho en trecho, rayas brillantes, como las que hacen los niños en la claridad con los fósforos humedecidos. A medida que procuraba ajustar su visión a la media luz de la sala, aspiraba de a poquito, como olfateando, el aire impregnado de emanaciones olorosas de los muebles, de las flores marchitadas en las macetas, de las pastillas consumidas y olvidadas en un rincón de la chimenea; esa mezcla de buen olor de pieza cerrada, de tufo disfrazado, que espera pegado a una rendija para desahogarse en la calle. El ambiente tibio, el silencio interrumpido por las vibraciones y los ruidos que venían de afuera, el confort de aquella sala, que parecía un negocio cerrado a la hora de la siesta; todo esto infundía calma a su espíritu y apaciguaba los latidos de su corazón sobresaltado.

Hacía vagar sus miradas por todos los rincones, de los que veía surgir de pronto un objeto cualquiera, que había pasado inadvertido, y que al fijarlo se le iba perdiendo poco a poco en la ofuscación de su retina debilitada.

Por una rendija entraba un curioso rayo de luz, estirado como un tul finísimo; lo siguió con la mirada y lo vio morir al pie de una consola dorada, cargada de objetos que le parecían animados; se figuraba que se codeaban, que se avisaban unos a otros que un intruso había ido a turbar su tranquilidad.

Detrás de las pesadas cortinas de damasco; le pareció que hubiese personas escondidas que le estaban espionando, y que algunos se mofaban de él: oía ruidos y crujidos extraños, miraba fijamente hacia la puerta de comunicación interior, esperando ver aparecer de improviso la figura de su amigo; estudiaba posturas, acomodaba los pliegues de sus faldones, plegándolos en donde una mancha inveterada quería ostentarse con descaro; tosía y acomodaba la garganta; se preparaba en la mejor actitud para no causar mala impresión, y para evitar, si realmente era espionado, que su situación fuera menos enojosa. A medida que percibía más claramente los objetos, las escenas iban cambiando, como cambiaban el color, la forma y la posición de los muebles que tenía por delante.

Impaciente, nervioso, abochornado por las impresiones que iba soportando, avanzó resueltamente hacia el costado más accesible del salón y abrió de par en par los postigos de una ventana.

Al dar vuelta, le pareció que estaba en otra casa.

La escena había cambiado totalmente, la luz había penetrado, como llevando a cada cosa un ropaje especial: los broncees, los brocados, las porcelanas, los tapices, las flores, estaban ahora como alegres, con sus colores vivos, resplandecientes.

Un gran espejo que reproducía a la distancia su figura, entremezclada con la turba de muebles, parecía mofarse de él, reflejando una imagen que tenía prestados, en ese momento, todos los matices de los jarrones de las consolas y de las mil chucherías que lo rodeaban.

-¡Cuánta riqueza! -se dijo para sí; -con un puñado de miseria vive un pobre, y aquí hay para hacer vivir un siglo.

Estaba deslumbrado en aquel bazar de muebles de valor, de bueno o pésimo gusto, bien o mal dispuestos, pero, al fin, haciendo su papel en el convencionalismo del lujo y de la moda.

Entregado a estas reflexiones, fue sorprendido de pronto por el sirviente, que traía una bandeja de plata con té, cigarros, licores y un número de un periódico del día.

El patrón le pedía disculpa por la demora -dijo el sirviente, en cuya casa se veía que la sorpresa de un visitante que merecía tantos agasajos, había aumentado una manera visible.

-Mi amigo podrá ser egoísta, orgulloso -se dijo para sí, -pero eso no quita que sea muy bien educado -añadió, mirando plácidamente la bandeja como a una persona a quien se hace una confianza.

Tomó en seguida, con mano trémula, acariciándola, la botella de cristal, transparente, brillante, llena de líquido dorado; derramó hasta el borde en una copita pequeña, y la acercó con cierto desdén a sus labios, poco habituados ya a esas miniaturas.

-Topacio líquido -dijo a media voz, haciendo un chasquido con la lengua, y se arrellanó cómodamente en una butaca.

Continuaba inspeccionando desde su sitio todos los rincones: todo aquello estaba muy bien, era muy rico, de mucha valor, pero parecía como si no estuviese definitivamente instalado.

Eran muebles y objetos que habían llegado de a uno, en distintas épocas; pertenecían a *distintas jerarquías* y estaban como agrupados en sociedad democrática.

Había lujo, pero no había gusto; mucho dinero convertido en butacas, en sofás, en bronces, en espejos, pero poco de artístico, de verdaderamente artístico, y que revelase la delicadeza de gusto de su dueño.

Amplias y pesadas cortinas, recogidas en distintos puntos, como el baldaquín de una cama, muy altas y muy pesadas para las ventanas bajas, enrejadas y forradas de pino pintado, como la cámara de un buque.

Una serie de pequeños sofás dorados, gibosos, forrados de telas de gran valor, como para adornar el *boudoir* de una artista, o de otra cosa, si el lector lo quiere.

Consolas doradas, como pequeños altares, cargando un mundo de chucherías, de bronces legítimos y de imitación, cajas de cristal, jarrones, pequeños retratos sobre atriles de ébano -en el fondo una estufa de mármol blanca con el indispensable reloj dorado, sosteniendo en la cúspide de sus arabescos una muchachita de bronce en actitud de pescar; dos candelabros a los lados, compañeros inseparables del reloj, parados a igual distancia, como centinelas de vista.

Sillas de todas clases, algunas doradas, enclenques, delicadas, como señoritas raquícas vestidas de baile; luego, una serie de asientos redondos, cuadrados, figurando unos enormes turbantes, y otros, como almohadón, estirados con indiferencia en cualquier parte, afectando no tener la intención de servir para sentarse.

De trecho en trecho, columnas de *pelouche*, con alma de pino, rodeadas en espiral por hebras de hilo de oro, como víboras que se enroscan al tronco, soportaban bustos de cualquier personaje ilustre o deidades mitológicas que no protestaran nunca del parecido. Todo esto, completado por una alfombra que parecía vista al través de una gran lente: de fondo blanco, con flores punzó, haciendo curvas caprichosas en las hojas entrelazadas; había estampadas rosas de más de medio metro: una hoja sola hubiera podido dar sombra a un regimiento.

Las paredes ostentaban algunos cuadros de familia, pintados en actitud de retrato: -caras rígidas, severas, defectuosas algunas, con manos deformadas por la corrección fatua y la actitud forzada que les había impreso el autor.

En medio de este lujo, de esta pacotilla, y al lado de algunos grabados, vistos tantas veces, e indispensables en todos los salones, dos grandes oleografías colgadas respetuosamente a ambos lados de la estufa: dos caras sajonas destacándose de fondo oscuro, con sus colores suaves, lustrosos; sus miradas adormecidas y lánguidas, de enamoradas.

La gran portada en seguida, y la antesala, conservando, como un museo, el *demi-monde* de la sillas, sofás, mesas de arrimo, los cuadros de antepasados, desconocidos y olvidados por dos generaciones, sirviendo para tapar claros y hacer simetría en el conjunto de antiguallas que pintaban la época de la primitiva opulencia.

La antesala de ciertas casas es el blasón de familia, es la pieza favorita, el cuarto de los recuerdos, de las evocaciones de otros tiempos mejores.

Una abuela sentada en un gran sofá, capaz de alojar cómodamente diez personas, con su respaldo recto, tieso, enchapado de caoba, con dos rollos de almohadones en los cantos, es la imagen viva de tres cuartos de siglo, con los ribetes del lujo macizo y severo de la época colonial. Forma parte integrante de los hábitos, de los gustos, de los recuerdos y del apego que tienen los viejos a las cosas de su tiempo.

Estos muebles rancios, desquiciados, con armazones fósiles de tablas y colchados, despiden para ellos un perfume de juventud, de frescura, de reminiscencias, que alborota su memoria debilitada de aquellos buenos tiempos, que tanto echan de menos a cada paso, y así como los defienden cariñosamente del desgaste del tiempo, los defienden de las imputaciones calumniosas que arrojan sobre su anticuada vetustez las críticas y las miradas burlonas de los que alcanzaron la elegancia de una moda que parece preparada para enanos.

La antesala es el santuario de esos recuerdos, que hacen estremecer a los jóvenes, pues las conversaciones giran alrededor de los cincuenta años, cuando las gentes eran más buenas y más sensatas, cuando la amistad era un sentimiento verdadero y cuando el egoísmo era una mala hierba que se extirpaba de raíz.

¡Qué diferencia, exclaman con énfasis de convicción y de desconsuelo las señoras que tocan por todas partes el positivismo de la época, con la sencillez, la moralidad, el respeto y las costumbres patriarcales de nuestros padres!

¡Qué cambio tan radical ha venido operándose en esta sociedad, reducida ayer a *cuatro gatos* y hoy a un hervidero de gente de todas clases y de todos los países, que se incorporan con su trabajo, con su inteligencia, con su sangre, a la corriente natural del país; que van engrosando las filas diariamente, hasta formar centros de cientos y miles de almas, cuya filiación es una mesa revuelta!

¿Cuál será la tendencia genial de las nuevas generaciones?

.....
Los que echan de menos esos buenos tiempos, echan de menos, más que todo, su juventud, esa juventud que se les escapa de las manos y que deja como recuerdo de su paso un pliegue de la piel o un mechón blanco que van despoblando los años.

En el fondo, no es la materialidad de las cosas, pues hoy las hay iguales o mejores, sino las hebras frágiles que se han ido rompiendo poco a poco.

Hoy un recuerdo, mañana un amigo, una afección, un sentimiento educado, y alimentado por años, y que de pronto desaparece y no puede reemplazarse.

La alegría, el calor, la luz de los años los entusiasmos fáciles, las impulsiones bulliciosas, que hacían revivir el organismo a cada paso; todo eso que pasa, que se debilita, que se muere con anticipación, que se aleja como para esperarlos.

El tiempo mismo ha cambiado para los viejos: el que ellos conocieron, no tenía las transiciones malvadas que los exponen a cada paso a una pulmonía; sus crudezas eran más

benignas y con un abrigo cualquiera, podían desafiar la intemperie; hoy, el frío penetra por todos los poros; es que la máquina humana va poco a poco enfriando sus calderas.

En las noches, esas camas altas, solemnes como altares, cobijaban cariñosamente a la pareja enamorada, y el calor de la juventud se unía al del ambiente para dar a la temperatura de la alcoba una suavidad deliciosa de bienestar y de confort.

Hoy, el lecho es frío, duro, rebelde; está como cansado de cobijar gente; el ambiente no tiene alientos tibios, y los huesos, entumecidos por el frío de los años, van sintiendo el roce de las tablas, como si estuviesen cercanos al féretro.

Por todas partes, el frío, la indiferencia, el egoísmo, la juventud desdeñosa: ¡no hay ya caras sonrientes para los viejos!

Cuando miran un rostro bello, juvenil, que en otro tiempo se comunicaba con el suyo por el brillo de sus miradas, tienen que guardar en lo más íntimo sus impresiones; el ridículo aletea en torno de sus cabezas, y una mirada indiscreta, una expresión, que a fuerza de ser urbana podría parecer galante, comprometería la rigidez de su posición y la seriedad de sus años.

La juventud, la belleza, los sentimientos tiernos no son más malos, ni más indiferentes, ni más egoístas que ayer -es la vejez que les va dando la espalda, que ha perdido sus derechos, que ha gozado ya ampliamente de esas primicias y que encuentra yerto el hogar donde antes chisporroteaba el tronco vigoroso que despedía su alegre llama; son los muebles viejos, usados, antiguos, fuera de lugar, que van disputando en vano su puesto a las butacas doradas, livianas, cubiertas de raso, con flores estampadas, vivas, frescas, con la frescura brillante de la rosa recién abierta que invita a aspirar su fragancia.

La mano crispada, amarilla, surcada por venas azules, hinchadas, sinuosas y como estirada por los tendones duros, tiesos, que hacen relieve debajo de la piel gastada, no puede ya impunemente acariciar la mejilla fresca, sonrosada, o el seno mórbido, turgente, sin experimentar el temblor senil que le hace tantear la carne como si hubiese perdido la sensibilidad.

El raso no puede crujir ya debajo de esos dedos que se van modificando, ni los labios caídos, flácidos, descoloridos pueden pretender caricias voluptuosas que no podrían corresponder.

La mirada está apagada, con horizontes cercanos; se ofusca, con el brillo, con las cosas nuevas, donde se refleja vivamente la luz; necesita los colores sombríos, las medias tintas, el negro, que va cubriéndolos poco a poco, como un anticipo de la tumba.

Es el punto de parada en la azarosa jornada de la lucha.

¡Y cómo desean prolongarla todos, a pesar de estar tambaleándose en su puesto de descanso!

.....
Muere la abuela y las butacas antiguas y los sillones de respaldo floreado, los sofás hospitalarios y las consolas de caoba, empiezan a peregrinar en la casa en busca de un refugio... Una mañana hacen su entrada humilde en el cuarto de los trastos viejos, como un mendigo que golpea a las puertas de un asilo.

Los retratos quedan pegados a las paredes, con sus miradas frías, severas, como enconados de ver partir a los amigos de su tiempo...

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

